

LOCURA

Dice un filósofo que en la locura siempre hay algo de razón –y tiene razón, pues hay cuerdos que están locos y locos que no lo son. ¿Y qué locura hay mayor que seguir a la razón? Sigue a tu corazón, o acabarás cuerdo y muerto, o peor: sin corazón. Solo el amor loco que cura de la locura –es la fuente de agua pura que lava nuestra razón; y qué razón tiene el loco cuando ve que todos son, sin darse cuenta o soñando, locos sin corazón; y así rompe el loco ataduras, ligaduras sin valor, y se pone las vestiduras que son cadenas de amor. Mira si tu locura es tuya, o es la de alrededor; si no es tuya hay un error, una cárcel que tortura, y sin ninguna duda, mientes al decir “yo”. “Yo” solo lo dicen los locos, y cuanto más locos mejor. Son ellos los que adornan el mundo, con su gracia y su color. Y el más Loco de los locos, no sé si lo sabes, es Dios: loco por sus criaturas, se derrama en indecible ternura dándoles su corazón, vertiendo un amor que perdura por todos los siglos que fueron, siglos que serán y son. Y cómo canta aleluya cuando esa criatura suya le escucha con atención, y atiende al susurro suave y tan cierto de su voz; ¿Qué le dice el Loco al loco? Pues que le ama con locura, y en la cima de la noche oscura, le confiesa al pecador que su felicidad es la suya, sentido de la creación. Pues si somos imagen de Dios, lo somos también del amor: espejos que buscan espejos en el espejismo de un sol. Y sí, estamos idos –por eso somos caminos, semilleros de destinos que nos dan una misión. Estamos aquí, en esta tierra, para transformar el dolor, para vencer en la guerra que asedia nuestro corazón. Así que por favor, no te rindas; lucha con fuerza y ardor, empuña con valor amor, justicia, bondad y paciencia, contra el horror y el terror que ronda nuestra existencia. Este loco te asegura, haz caso de su razón, que quien lucha sin ninguna duda, quien no duda ni en la duda, se declarará vencedor. Lucha pues con tu locura, armadura tan desnuda, tan pertrechada de holgura, que viste tu corazón, y no acusa, en el combate, ni el cansancio ni el calor. No se cansa el amor, ni cansa, ni descansa a lo mejor –pues el amor es extraño: un ángel exterminador. Míralo cabalgando, montado sobre la locura; qué espléndida esta montura para tan humilde señor. Pues el amor siempre es pequeño, no llega a nuestra cabeza; se queda clavando sus flechas en el débil corazón. Cómo inunda nuestro interior de extraordinaria belleza, cómo sin cesar no ceja de mancillar el pudor. En verdad nos vuelve locos, mucho a mucho o poco a poco, y venda también nuestros ojos, con su claro resplandor. Ciegos quedan los que ven, ciegos a quienes cegó, oh dichosa ceguera la ceguera del amor. Decía el filósofo que en el amor siempre hay algo de locura, y en la locura algo de razón –pues bien, abandona tu razón y abandona tu cordura, y vete con los que están locos, pues los locos locos son, y el amor está con ellos, dando vida al corazón.